

bacano y grosero. Tan pronto como cesó en sus bonitos juegos de prestidigitación, realmente insuperables, decayó el interés y muchos se alejaron del círculo que le aplaudía. Yo le dejé terminar, y cuando soltó su último verso y saludó al público, me adelanté á él, le cogí por el manto y le dije bien alto para que todos lo oyeran:

— Espero que usted se servirá repetir esta escena en sitio y hora que se designará oportunamente.

Maltán se inclinó, sin contestar. Hubo en el salón inusitado movimiento y luego silencio sepulcral. De lejos, mi tía Sandalia me envió un mensaje con sus ojos suplicantes.

Al poco rato me despedí y salí. Cruzaba el patio de la casa, cuando sentí trotar detrás de mí al grupito de Maltán, que al pasar rozándome dijo con la voz de antes:

— ¡Soy Vicente de Paul!

Entonces me volví, y ya ciego, le alcancé tan tremenda bofetada, que dió con la mísera cabeza contra la pared; le eché las manos al cuello, le derribé sobre los húmedos ladrillos y puse sobre el pecho mi rodilla, viniendo á quedar como el arcángel de mi alcoba encima del perverso enemigo, que los suyos no se atrevían á defender.

Y lejos de echar por la bocaza hedionda los sapos y culebras de la estampa, fueron súplicas las que me dirigió, así vencido y derribado:

— ¡Riquez, déjame, suéltame!, te prometo no moles-

tarte más. Déjame, no aprietes, no aprietes. Me ahogas, me matas. Confieso que he hecho mal. ¿Quieres que no venga más á esta casa? ¿Quieres que te abandone el amor de Delfina?

— No — le dije acercando mi cara á la suya, — Delfina ha querido darse á ti, quédate con Delfina. ¡Vete con Dios!, y sed los dos muy felices. Te suelto, vete. Y acuérdate de la mano de D. Perfecto para que no te atraveses más en su camino.

Maltán dió un salto, y salió rabo entre piernas con su grupito silencioso, tan avergonzado de que yo le hubiera vencido, como quedaba yo triste, porque era él quien me vencía.

V

Así como la azada prepara el terreno en cuyos surcos ha de germinar la semilla, mis dos fracasos, el amoroso y el social, predispusieron mi espíritu á la misantropía, y en la sima de esta enfermedad irremediable cayó con las alas plegadas, que ya no volvieron á tenderse, como si el golpe las hubiera quebrado. Casó Maltán con Delfina y Esquendo con Justita González, siendo estas dos bodas el punto y remate de la tertulia de Tejera (á la que yo dejé de ir desde aquella noche inolvidable), pues mi tía se vió obligada á cerrarla por las dolencias del marido y los cuidados de la maternidad, á que estuvo sujeta cuando menos lo pensaba, y ya el célebre salón quedó á obscuras para siempre.

No fui más á sociedad, pero no dejaba de visitar á mis parientes, y en estas visitas de intimidad continuaba mi tía Sandalia su porfía cariñosa de que había de casarme, quieras que no, porque el que me saliera una respondona no era motivo para condenarme al celibato; y al efecto me presentaba una lista completa de candidatas en que podía elegir como entre peras, desde Arminda Solaños hasta la amiga que acababa de ponerse de largo y por inocente ofrecía mayores seguridades de no estar inficionada de coquetería; mas yo, que había cobrado repugnancia al género, rechazaba cada nombre con aspereza.

Que no se cansara la tía Sandalia. Ni á esa, ni á ninguna otra señorita casadera haría el honor de solicitarla en matrimonio. Digo que no la *haría el honor*, no á título de hinchada declaración de soberbia propia, sino porque pienso que un hombre honrado, sea el que fuere, que ofrece su corazón á una personita de estas sositas de por sí, y en sus manos frágiles confía su honra, y sobre su debilidad echa la pesadumbre de su dicha y de su nombre, y con ella carga para siempre, cuando tan fáciles y accesibles se brindan á la juventud los caminos del placer y de la libertad, la hace un favor señaladísimo. Un favor semejante no se paga con humillaciones, vejaciones, caprichitos, desaires, molestias y chafaduras del amor propio. Que me pregunten á mí y á la mayoría de los solterones como yo el porqué de nuestro celibato y contestaremos: «La culpa no es nuestra, sino de esas muñequitas de bazar

que se educan para adorno de los salones.» Que se lo pregunten á muchas de las solteronas que en el mundo son (no hablo de las incasables por causa de fealdad ú otra análoga), y si quieren mostrarse sinceras, contestarán: «¡La culpa es nuestra, que buenas proporciones tuvimos y las desperdiciamos!» Resulta, pues, que la que sin el hombre carece de personería está empeñada en poner al matrimonio todas las piedras que su falta de reflexión la sugiere, y los que no habemos menester de esposa para las necesidades de la vida nos empeñamos en rompernos la crisma en esos mismos guijarros. Cuestión es ésta digna de tomarse en cuenta por las mamás, que se quejan de no poder colocar sus hijas, y por los sociólogos, que claman contra el egoísmo del varón.

Reíase mi tía Sandalia; pero, aunque no se quedaba corta en rebatir lo que ella llamaba mis exageraciones, acababa por concederme la razón en casi todos los puntos de nuestro eterno debate.

Entretanto, mientras yo perdía el tiempo en mis ilusorios proyectos, mi señor sobrino y ahijado lo aprovechaba tan bien, que cuando volví á casa aporreado por la suerte y en ella metí la cabeza con ánimo de recluirme entre sus cuatro paredes, le encontré hecho un granadero. Sin duda no había crecido de la noche á la mañana; pero, preocupado yo con la señorita de Daver, no fijaba mi atención lo bastante en que con el chico crecían las dificultades del problema y que algo más que nodriza necesitaba ahora. Aun-

que vagamente tenía hablado de ello con Sara y Damasia, nada quedó determinado y hube de acometer el problema de frente y resolverlo de una sola jugada.

Deshechos mis sueños de felicidad, tal como yo la forjara á capricho, las dos sombras guardianas de mi casa, la Soledad y el Silencio, eran la única compañía con que había ya de contar. Sentí frío al pensarlo... ¿Qué podía suceder? ¿Que adquiriera mayor pábulo la calumnia? ¿Y qué?, ¿no tenía declarado á mi tía Sandalia y jurado á mí mismo que no intentaría nuevos pasos matrimoniales? Pues si no había de vivir como un hongo, el organizar mi hogar como Dios me daba á entender no sorprendería á nadie, y el que se sorprendiera que hiciese todos los cálculos del mundo, que si á mano no tenía yo más materiales que aquéllos para formarlos, mía no era la culpa.

Llamé á Sara y la propuse que se vinieran á vivir conmigo y con el niño ella y *Bullebulle*; aceptó ella de mil amores, á reserva de consultarlo con el marido; vino luego *Bullebulle* y cerramos trato, distribuyendo las habitaciones, la mejor y más próxima á la mía para Arturo, y discutiendo, con deleite por mi parte, el mejor modo y forma de la instalación, el orden de los servicios y todo cuanto se relacionaba con el sistema administrativo, en lo que soy, como he dicho, una especialidad, tanto que si me hubiera dedicado á político, para ministro de Hacienda no tuviera precio.

Como náufrago que en isla desierta levanta su cho-

za con los restos de su barco, puse manos á aquella obra magna con ardor y agrado tales, que Sara y *Bullebulle* se pasmaban. ¡Ay, ellos no comprendían el an-



Aunque vagamente tenía hablado de ello con Sara y Damasia

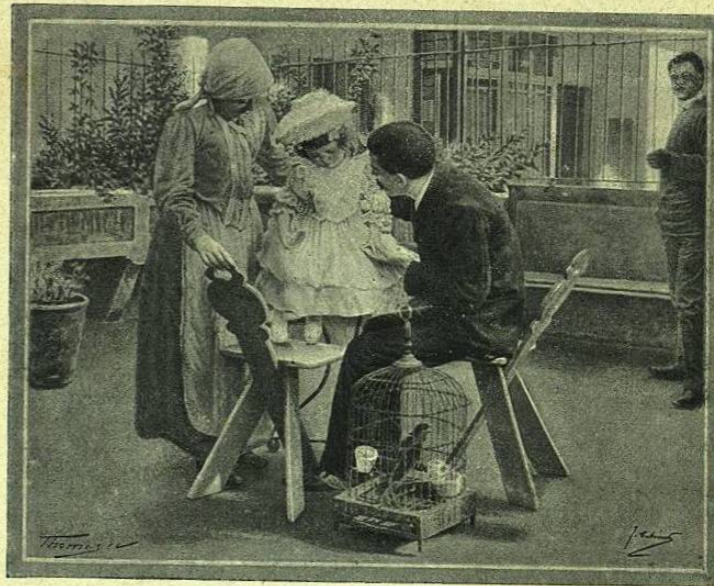
sia de compañía casera que sentía poderosamente el niño Juanito de Dios! Su humilde presencia día y noche, los gritos, la charla y los juegos de Arturo, la preocupación misma de que éste se enfermara ó llegara á golpearse, el derecho de llamarles á voluntad y la conciencia de saberles y de sentirles ahí cerca, á mi lado, bajo el mismo techo, hacía vibrar deliciosamente todas las fibras del *pater familiae* que en mí alentaba. No daría calor al hogar la gentil figura de Delfina....; pero, también, ¿sabía yo si sería luz ó calor

y alegría lo que Delfina me trajera, y no sombras, frialdades y disgustos?

En cambio, la pobre pareja mulata y aquel rayito de sol hecho niño que de la mañana á la noche inundaba mi alma de puras claridades, dieron vida á mi casa y me dieron la paz y la felicidad relativa á que debía aspirar ya sin mayor ambición. Cuando todo estuvo en su punto y echó la rueda á andar, ¡qué alegría!, ¡qué satisfacción inocente! Sara hacía de cocinera, con la obligación de curar mi triste estómago de los estragos que tantos años de fonda le habían producido, y coserme los botones, ¡los botones!, ni uno solo encontró despegado, asombrada de que el *niño* Juanito de Dios fuera tan mañoso... *Bullebulle* nos servía á la mesa, nos cepillaba la ropa... y nos daba un susto cada minuto con sus manos pecadoras. Con regularidad maquinal, marchaba la casa admirablemente: á la misma hora el almuerzo, á la misma hora la comida, y la conducción de Arturito á la escuela, y la vuelta, y el paseo y el estudio y el descanso, monotonía placentera que gozaba á sus anchas mi espíritu.

Y aquel gracioso monigote, en quien yo debía ver la causa viva de mi celibato y de mi desventura, era tan manso y tan tierno que había que quererle y perdonarle á la fuerza. Era otro yo, reflejo de mis atributos y malhadadas perfecciones que, aparte de la inclinación natural, le obligaba á imitar el trato continuo. Muchas veces hacía como que me enfadaba (que en-

fadarme de veras no podía, ni había de qué) y le amenazaba cómicamente porque no era malo y no se mostraba holgazán, sucio, ingrato, descarado y granuja, el más granuja de cuantos vagan por las calles.



En cambio, la pobre pareja mulata y aquel rayito de sol hecho niño...

Una sonrisa celeste era su respuesta, acompañada de estas dulces palabras:

— ¡Yo quiero ser bueno como mi papá, para que Dios me quiera!

El chico, en efecto, se empeñó en ser bueno y no hubo más que dejarle hacer su gusto.

Afligíame sobre manera verle tan seriecito y respetuoso, tan aplicado al estudio, tan comedido y limpio lo mismo en el vestir que en sus palabras, esclavo de

un régimen que nadie le imponía, discípulo de un maestro que se avergonzaba de serlo: dábame grima no tener nada que reprocharle y que no apuntara en él inclinación nociva, algo que le hiciera distinto de mí y propio para lanzarse en el mundano elemento á que se destinaba y donde tantos golpes llevaba yo sufridos por la misma causa. Buscábale la garra humana y eran alitas de pluma las que encontraba; y aumentaba mi pesar cuando Sara ó *Bullebulle* me referían los milagros del santito: las sesiones hasta las tantas por sorberse una lección; su negativa á que le compraran nuevo juguete porque guardaba ya muchos; el reparto entre los mendigos del dinero que yo le daba y entre sus condiscípulos de la merienda diaria; su apego á la casa, que en esto no le igualaba un gato..., y tantos otros síntomas á cual más alarmante y desconsolador.

— Nada, que es peor que yo, quiero decir, mejor — repetía en mis soliloquios. — ¿Qué va á ser de este desgraciado niño? ¡Si siquiera le tirara el sacerdocio!..

Pero tampoco le tiraba, sino la carrera de abogado y el deseo de tener su mujercita, sus hijitos y su casita en aquel Trigal que sabía suyo por herencia de su madre desconocida, de la que hablaba á menudo con dolorosa importunidad y sobre la cual guardaba yo, y tenía mandado que se guardase, discreto silencio.

Si, criado yo en el ambiente de la calle de Balcarce, no me eché á perder, ¿qué habla de viciarse este retoño en la atmósfera pura en que se desarrollaba? Por-

que lo que en broma á veces le insinuaba, á hacerlo en serio no me atreví nunca y dejé que el muchacho saliese como Dios quisiera.

Mi aflicción era mayor cuando un hecho cualquiera venía á dar fundamento á mis aprensiones, viéndole llegar, por ejemplo, herido de un golpe en la cabeza que debió recibir un compañero, á quien sirvió de redentor, ó pereciendo de debilidad porque en el reparto no conservó para sí una migaja, ó triste porque los otros le apartaban de sus juegos y le aborrecían por estudioso y esquivaban su compañía por bueno, vale decir, por tonto.

— ¡Nada — repetía yo, — es mejor que yo, ó sea peor! ¡Pobrecito niño!

Y á medida que pasaba el tiempo, se acentuaba el parecido, de tal modo que saltaba á la vista y no andaban muy descaminados los que me lo daban por hijo.

Lo peor era que yo le ofrecía malísimos ejemplos: seguía acostándome con las gallinas, no había aprendido á jugar, á beber ni á fumar todavía, y era formal en mis tratos, medido en mis palabras, decente en todos mis actos, y para mayor escándalo, si por causa de mi educación infantil fuí antes despegado de la Iglesia y tibio á la moda corriente, con los desengaños me eché en los brazos de esta madre universal, y aunque no llegué á la exageración santurrona é hipócrita, cumplía discretamente los preceptos religiosos y no había domingo que Arturo y yo perdiéramos nuestra misa de nueve en San Miguel, el templo más próximo á